

Naciones y nacionalismos en Europa

E

l problema está ante nuestros ojos. Durante la mayor parte del siglo XX el mayor problema, más que europeo, ha sido el comunismo, inspirado y dirigido por una enorme potencia, la Unión Soviética, lo que le ha dado un carácter no primariamente ideológico, sino «nacional», y desde luego militar. Pero no se puede perder de vista al hecho de que, frente al comunismo, han surgido los movimientos nacionalistas más intensos, activos y peligrosos, sobre todo el fascismo italiano y el nacionalismo alemán, con su séquito de imitadores. Añádase que desde el final de la segunda guerra mundial el comunismo, tradicionalmente «internacionalista», ha cultivado en todo el mundo los nacionalismos y se ha servido de ellos para sus fines en una extraña alianza que en el fondo es explicable. Cuando se ha producido, con asombrosa rapidez, el hundimiento *interno* del comunismo, la airada repulsa a sus principios, símbolos y realidad por parte de los que han estado sometidos a él, cuando ha parecido que el horizonte mundial se despejaba y se iba a poder vivir con holgura y proyectar creadoramente, pronto se ha visto que el Islam iba a tomar el relevo y se iba a convertir en un factor de inquietud y perturbación, con una combinación de religión y nacionalismo o, si se prefiere, con una interpretación nacionalista de la religión islámica. Ha

JULIÁN MARÍAS

«Puede ocurrir que la condición regional adquiera un carácter que no le es propio: el "regionalismo". Las actitudes regionalistas son "voluntarias"; es posible que uno se sienta "irremediabilmente" español o alemán; el regionalismo "quiere" ser regionalista.»



habido un síntoma agudo de esta amenaza, la invasión de Kuwait por el Irak y la llamada guerra del Golfo, y cuando esta cuestión ha quedado resuelta de manera relativamente razonable y sin que se produzca la escisión que era de temer entre el mundo occidental y el islámico, ha surgido dentro de Europa una nueva situación conflictiva.

Dentro de la Unión Soviética, en los países resultantes de la desmembración del Imperio austro-húngaro, sobre todo en Yugoslavia, con maticismos en otras partes, se ha producido una erupción de nacionalismos de varios matices que no son ciertamente los de las grandes naciones tradicionales, sino que afectan a sus partes o a las de las «naciones» artificiales resultantes de las dos grandes guerras de nuestro siglo. Mientras se habla de Comunidad Europea y se intenta construir una Europa unitaria en la que las naciones queden integradas en una unidad superior, brotan los «nacionalismos» que tienden a la atomización del continente europeo. Se cree que se trata de *política*, y por tanto que es un asunto de *voluntades*. Por supuesto es así; pero no suele verse que hay por debajo algo más hondo y menos modificable: la *realidad social*. Y la realidad, que es lo más respetable, tiene la particularidad de que *no desiste*, tiene una estructura que no se deja fácilmente alterar, y el desdeñarla se paga

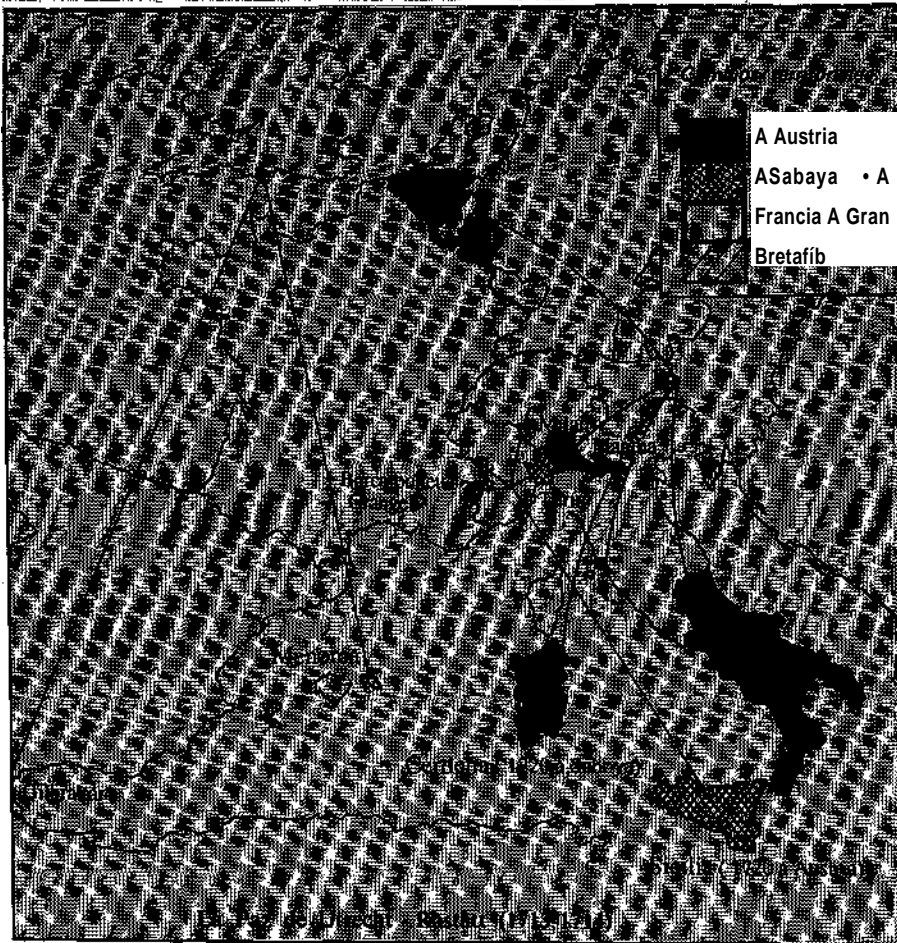
«Mientras se intenta construir una Europa unitaria brotan los "nacionalismos" que tienden a la atomización del continente europeo. Se cree que se trata de "política" y, por tanto, que es un asunto de "voluntades". Pero no suele verse que hay por debajo algo más hondo: la "realidad social".»

siempre. Sobre este asunto reflexioné teóricamente hace mucho tiempo, nada menos que en 1955, por tanto con total independencia de la situación actual, en un libro titulado *La estructura social*. Vale la pena recordar algunas de las ideas que formulé entonces, y que, si no me equivoco, pueden aportar alguna claridad a lo que está pasando y, más aún, a lo que puede pasar. Hay dos formas de unión de sociedades o pueblos que rara vez se distinguen y que son radicalmente distintas: una es la *anexión*; la otra, la *incorporación*. La primera consiste en que una sociedad mayor o más fuerte absorbe otra menor o más débil, que desaparece como tal dentro de aquélla, mientras ésta se dilata y engrandece. El ejemplo más claro dentro de nuestro siglo es la anexión o *Anschluss* de Austria por la Alemania hitleriana; Austria dejó de

existir como nación, incluso se omitió su nombre, y Alemania creció hasta convertirse en *Grossdeutschland*. la incorporación, en cambio, consiste en que dos sociedades -comparables en magnitud o desiguales- se unen para formar una tercera, superior a ambas y que las engloba, y dentro de la cual persisten. Este proceso puede envolver más de dos sociedades, por lo general mediante reiteración de incorporaciones. Ha sido la forma de constitución de casi todas las grandes sociedades fecundas, duraderas y creadoras, desde el Imperio romano hasta las naciones europeas en sentido estricto.

La caída del Imperio romano tuvo como consecuencia principal su *fragmentación*, la pérdida de una gran unidad de convivencia, el aislamiento de las partes resultantes y la inevitable decadencia, la escasez de grandes figuras creadoras y el descenso de nivel, hasta fines del siglo VIII por lo menos, en tiempo de Carlomagno.

Las pequeñas unidades, mediante sucesivas incorporaciones, van formando sociedades mayores cualitativamente distintas, que desde fines del siglo XV darán lugar a las *naciones* en el sentido moderno de esta palabra. Antes de esta época no hubo en Europa ninguna nación, sino otras unidades de diverso carácter, como había sucedido en el mundo antiguo y como ha sido normal en otros continentes. Desde el comienzo de la Edad Moderna se van constituyendo las naciones europeas, en distintas «promociones», desde las más antiguas -España, Portugal, Inglaterra, Francia- a fines del siglo XV y comienzos del XVI, hasta las que se forman en el siglo XIX -Alemania,



El proceso de nacionalización de Europa no ha sido completo: muchas porciones han encontrado su lugar histórico dentro de unidades mayores no estrictamente nacionales.

Italia-. Y el proceso de nacionalización en Europa no ha sido completo: muchas porciones han encontrado su lugar histórico dentro de unidades mayores no estrictamente nacionales. Es el caso de multitud de territorios que se agruparon en el Imperio austriaco, en el Ruso y, en forma algo distinta, en el otomano.

Dentro de las naciones europeas, las unidades que se han ido uniendo por incorporación perduran como *regiones*. Son sociedades no plenamente «saturadas», con vigencias comunes, presiones y estímulos reales, pero incompletos e insuficientes. Los usos regionales son predominantemente *costumbres*, que conviven con otros que se ejercen desde el conjunto de la nación.

La condición regional es sumamente importante y valiosa. Es espontánea y plenamente actual. Las regiones son sociedades *insertivas*, es decir, aquéllas a través de las cuales el individuo se inserta en su nación en forma concreta. La manera real de pertenecer a ésta se realiza por medio de la región, con ciertos matices que dan variedad y elasticidad a la comunidad nacional. Las regiones son los elementos que evitan el peligro de homogeneidad e inercia. Pero puede ocurrir que la condición regional adquiera un carácter que no le es propio: el «regionalismo» -del mismo modo que la actitud nacional puede transformarse en nacionalista-. Las actitudes regionalistas son *voluntarias*; es posible que uno se sienta «irremediamente» español o inglés o alemán; el regionalista *quiere* ser regionalista; se puede pertenecer a una sociedad con espontaneidad y hasta con cierto «despego»; el regionalista se define por el «apego». En segundo lugar, esas actitudes se nutren de *pasado* conserva-

«Esas actitudes regionalistas se nutren de "pasado" conservador y actualizado: por eso son siempre "tradicionalistas" (aunque políticamente puedan adoptar formas distintas). Significan siempre una 'retracción' de la sociedad nacional, frente a la cual se afirma.»

«España fue la primera nación en el sentido moderno de la palabra, pero casi a la vez crea la Supernación en los dos hemisferios. La separación de los países hispánicos de América significó la ruptura política de esa Supernación, pero no de su realidad social, histórica, lingüística.»

do y actualizado, y por eso son siempre *tradicionalistas* (aunque políticamente puedan adoptar formas distintas y aun opuestas). Finalmente, y esto es lo más importante, significan siempre una *retracción* de la sociedad nacional, frente a la cual se afirman, y por eso casi todos los regionalismos adoptan formas «nacionalistas».

Cuando a estas actitudes se reacciona con hostilidad hacia la peculiaridad y personalidad de las regiones y se intenta debilitarlas, no solamente se las perjudica, sino que se daña al mismo tiempo el vínculo real de pertenencia a la nación. Regionalismo y antirregionalismo son dos formas de abstracción, igualmente contrarios a la vitalidad y plenitud de la nación y de sus regiones. Las naciones, a su vez, se articulan en otra sociedad: Europa. Las naciones están en

Europa, que ha preexistido a su constitución como un *ámbito* previo. Europa no es la «suma» de las naciones europeas, sino que las precede. Así como las regiones son sociedades insertivas, Europa es una sociedad de *implantación*: las naciones están «implantadas» en Europa, conviven «dentro» de ella, están «hechas de Europa»; en este sentido son naciones *de Europa*. Por eso el nacionalismo excluyente es una forma de separatismo, que escinde a la nación que lo padece del conjunto en que encuentra su verdadera realidad. Aunque parezca sorprendente, hay un paralelismo entre los procesos de nacionalización y unificación de Europa. La unión europea ha requerido la maduración de las naciones. Las regiones significan la presencia del pasado, y en ese sentido de las raíces, Europa es el horizonte del futuro. El sustrato tradicional de las naciones está en sus regiones; la dimensión programática, en su condición europea.

Regiones, naciones, Europa: son tres niveles distintos y que por eso no tienen por qué chocar ni entrar en conflicto. Son los tres planos de la circunstancia social e histórica, y por tanto los tres objetos legítimos de *patriotismos*; si falta alguno de ellos se trata de un patriotismo incompleto, mutilado, morboso. Y en nuestra época hay que añadir otro, no menos real que los otros tres: el occidental.

El caso de España es probablemente el más claro de toda Europa, como estudié detalladamente en mi libro *España inteligible* (1985). Hispania fue parte integrante y relevante del Imperio romano, de la Romania. Tras la decadencia y fragmentación de la gran construcción histórica del mundo antiguo, la península Ibérica constituyó una unidad mucho mayor que las restantes porciones: la monarquía visigoda. Uno de los rasgos característicos es que conservó su nombre (Hispania, España), a diferencia de otros países que adoptaron los de los invasores germánicos (Francia, Inglaterra). La lengua no será la germánica de los dominadores, sino el latín de la población hispano-romana, del cual nacerán luego los diversos romances. Y, frente al arrianismo de los godos, triunfará el catolicismo de la población originaria.

A comienzos del siglo VIII, el año 711, acontece lo que será decisivo: la invasión islámica, la ocupación casi total de la Península por los árabes y bereberes. Es lo que se llamó la «pérdida de España». Y en seguida los cristianos que quedan libres de esta dominación la consideran «inaceptable», y desde todas las tierras del Norte inician la reconquista de la «España perdida». Por no ser real, sino ideal, la ya inexistente monarquía visigoda no estorbará con sus conflictos, como en otros lugares de Europa. Lo que se reconquista es *España*, no los reinos o condados medievales, que *no existían*, que son precisamente los resultados de la reconquista, de la integración «por partes» de la España perdida.

Y el proceso, a lo largo de toda la Edad Media, será varias series de incorporaciones. Asturias y Galicia, Asturias y León, Castilla y León, a esta

Castilla se incorporarán las tierras vascas; luego, cuando la reconquista llegue al Tajo, se incorporará Castilla «la Nueva», y Andalucía será «Castilla Novísima», y por último, Murcia. Y por otra parte, al pequeño reino de Aragón se unirá el Principado de Cataluña, resultado de una serie de incorporaciones de los condados catalanes en el de Barcelona, y luego el reino de Valencia, y el de Mallorca. Y finalmente la gran incorporación de los dos reinos principales, Castilla y Aragón.

No se trató de ninguna anexión, de la absorción por el reino mayor, Castilla, del otro menor; ni de la «castellani-zación» de los otros reinos, sino que Castilla se «españolizó», se interpretó como una parte de la nueva nación España. Y la reconquista de Granada en 1492 completa la España perdida y recobrada como país cristiano, europeo, occidental. Y poco después la última incorporación, la de Navarra, hace que culmine el proceso de nacionalización.

Pero la cosa no termina aquí: apenas había empezado. España fue la primera nación en el sentido moderno de la palabra; pero casi a la vez crea la Supernación en los dos hemisferios, la monarquía católica o hispánica. España, con una pluralidad interna conservada, con participación de sus partes en las empresas españolas, tiene constante presencia en Europa, hasta ser el elemento catalizador de su modernización. Y esta situación va a persistir hasta ya entrado el siglo XIX.

La separación de los países hispánicos de América y finalmente de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas significó la ruptura política de esa Supernación; pero no de su realidad social, histórica, lingüística. Pervive en otra forma, que es lo que llamamos el Mundo Hispánico.

«Regiones, naciones, Europa: son tres niveles distintos y que por eso no tienen por qué entrar en conflicto. Son los tres planos de la circunstancia social e histórica y, por tanto, los tres objetos legítimos de patriotismo; si falta alguno de ellos, se trata de un patriotismo incompleto, morboso.»

